



## **HOMILÍA DOMINGO DE RAMOS**

16 de marzo, 2008

Ilmo. y Rvdmo. P. Abad de Santa Cruz del Valle de los Caídos  
Dom Anselmo Álvarez Navarrete

Entramos hoy, con Jesús, con la Iglesia y con la humanidad, en esta Semana en la que vamos a ser testigos y protagonistas de acontecimientos que, aunque los veamos a mucha distancia y nos parezca que forman parte exclusiva de la historia de Jesús, nos conciernen a nosotros tanto como a Él. La pasión, la muerte y la resurrección le tuvieron a él por actor principal, pero nos incumben a nosotros como inductores y destinatarios de los hechos más determinantes que habrán marcado nuestra historia cuando ésta haya llegado a su fin.

Comprobamos cómo estas celebraciones están cada vez más despobladas de asistencia y más lejanas en nuestro espíritu porque en estos días estamos muy ocupados en otras cosas; en estos días como, casi de manera general, en toda nuestra vida. Pero mientras comprobamos esta indiferencia de la mayoría hacia los acontecimientos de la salvación, Dios se entrega totalmente a ellos, de manera que se cumpla hasta la última letra de lo que sobre ellos había sido anunciado, y hasta la última expresión de su amor.

Fue el mismo Jesús quien dispuso que esta semana final de su vida tuviera como preámbulo la entrada triunfal en Jerusalén. No fue una improvisación. Jesús aparece como Señor de los acontecimientos: los provoca cuando él lo decide y como Él los determina. Él es el que conduce este episodio, abriendo un claro en la tormenta ya declarada sobre Él, dictando la hora, dando a su pueblo la oportunidad de proclamar en Él al Mesías enviado de Dios, haciendo posible, al menos en ese momento, que su pueblo se reencontrara consigo mismo y con Dios.

Era necesario que se cumplieran las promesas mesiánicas referentes al carácter real del descendiente de David, del que el ángel había anunciado a María: “se sentará en el trono de David, su padre”. Israel debía reconocer a su Rey; debía saber que Aquel al que iban a declarar maldito y blasfemo, enemigo del pueblo y reo de muerte, era el mismo que ellos habían aclamado poco antes como Rey, como el Mesías de su esperanza: “bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel”.

En la proximidad a la hora del gran rechazo del pueblo judío, que preludiaba la de todos los rechazos posteriores, Jesús no renuncia a afirmarse y ser afirmado como Rey de todos los pueblos: “es necesario que Él reine”, porque a Él le corresponde la soberanía sobre el pueblo del que es Mesías y de las naciones que, aun sin saberlo, le esperan, porque esperan su paz y su ley: “las naciones caminarán a su Luz y los reyes vendrán tras el esplendor que le precede”, había vaticinado el profeta.

Hubo ciertamente una muerte y un sepulcro para Jesús, porque Él lo aceptó así para que se ‘cumpliera toda justicia’ en la obra de la redención humana. Pero esta aparente victoria de los hombres no pudo impedir que el Cristo que se manifestó glorioso después de su muerte, se manifestara triunfante en este prólogo a su pasión.

Antes de ser condenado y en la misma cruz sobre la que expiraba, Cristo quiso dejar sellada su condición regia y recibir el testimonio de la misma por parte de los

personificaban ese mundo: el pueblo elegido y el representante del mayor de los poderes humanos: “¡Rey de Israel!”, “Jesucristo, Rey de los judíos”: lo proclamaban el pueblo y la humanidad por cuyo rescate entregaba su vida para hacer de ellos un solo pueblo nuevo que reconociese el señorío de su Dios y Salvador.

No constituyó una insolencia por parte de Cristo el atribuirse ese título: “tú lo dices, Yo soy Rey”, como tampoco fue una usurpación el declararse igual a Dios (Fil 2, 6). Estas afirmaciones formaban parte de los misterios que habían sido mantenidos en secreto desde el principio de los siglos y que debían ser revelados a medida que llegaba la plenitud de los tiempos.

Pero esta afirmación de Sí mismo como Señor y Soberano de los hombres y del universo alcanza a aquel tiempo y a todos los tiempos, a aquel pueblo y a todos los pueblos. Por eso Jesús nos sigue preguntando: “y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?” Una pregunta que continúa vigente. ¿Manteneís, como lo han hecho hasta ahora vuestros padres, la confesión de mi nombre y de mi realeza, os reconocéis en mi ley y me seguís en mi doctrina, aceptáis mi Gracia y mi salvación? A nosotros llega, cada vez con más fuerza, el murmullo o el griterío de los que piden que Dios sea desterrado de la sociedad y de las conciencias de los hombres. Pero “quien se avergüence de Mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él” (Mc 8, 38).

La entrada en Jerusalén, revestida de la máxima humildad y mansedumbre, como antes había entrado en la naturaleza humana y en la historia, preludia la que un día llevará a cabo en la potencia y en la gloria de su divinidad, ya anunciada en la transfiguración. La historia permanece a la expectativa de que se cumpla el anuncio profético: “portones, alzad los dinteles, va a entrar el Rey de la gloria (sal 23, 9). Porque ‘tu trono permanece para siempre; tu señorío se extiende de edad en edad’” (cf sal 44, 7).

En este comienzo de una nueva Semana Santa en que la salvación descenderá de nuevo sobre toda la humanidad, oímos: ‘venid a Mí para salvaros, confines de la tierra’, porque “Yo soy vuestro salvador y redentor” (Is 49, 26). Por nosotros y por todos oramos al Señor: reafirma en nosotros un corazón nuevo.

-----